

Que van a dar en la mar

Por ENRIQUE FERNÁNDEZ

En estos fríos días de finales de diciembre se ha helado el río. Es posible que para los niños de ahora mismo no signifique mucho; tal vez una prueba más de que no se debe salir mucho de casa en estas fechas. Sin embargo, para mí -y para los que fuimos niños en los años sesenta- es un acontecimiento que hay que celebrar. He podido comprobar que la gruesa capa de hielo "resiste" mi peso y no "restralla"; operaciones que realizábamos de niños antes de aventurarnos a jugar en la superficie helada

del río. Mis compañeros de generación recordarán sin duda las pruebas de resistencia a que sometíamos al hielo, apretujándonos en un punto en medio del río toda la rapacería, hasta que "restrallaba" en sonoras grietas y salíamos de estampida en todas las direcciones; o nuestra técnica para tratar el hielo, sobre todo para aumentar su grosor echando por encima el agua que extraíamos de pequeños agujeros que realizábamos al modo esquimal; o al panadero (¿o era el fresquero?) cruzando con su furgoneta por encima del hielo desde el Marco hasta el Prao, hoy campo de fútbol; o el peculiar hockey con piedras que disfrutábamos en la tablada del puente o en el Pozón. Por cierto, daría cualquier cosa por recordar la palabra con la que definíamos el ruido -mitad percusión, mitad vibración- de las piedras al deslizarse sobre el hielo.

Esta celebración del hielo -como el olor a magdalenas recién hechas en Proust- es para mí una de las puertas de recuperación de la infancia. Lo es el río siempre. Si para Lázaro de Tormes, el hecho de nacer en medio del río fue un hecho que determinó su vida hasta el punto de tomar su nombre, para nosotros, que nacimos a su orilla, el río Tuerto tiene un valor similar. La geografía de la infancia -el paraíso perdido de todo ser humano, la única patria auténtica- nos define en gran manera, es el centro de nuestro mundo desde el que nos expandimos. Ese espacio es para nosotros Santibáñez y el río el escenario primordial de nuestra infancia.

El río helado que he visto estos días me ha recordado la infancia y, con ella, el río de su escenario. ¿Dónde está aquel río de orillas viejas, con covachas y raíces de alisos y paleras donde se guarecía tanta vida? ¿Dónde las tabladas en las que se alineaban barbos gigantes que tan difíciles eran de pescar? ¿Qué se hizo de aquellos pozos de agua remensada y transparente en los que nos bañábamos? ¿Qué de las fontanas de agua cristalina? ¿Y de los cangrejos, tencas, carpas, gallaretas...? Si Jorge Manrique hubiera conocido éste (y tantos otros ríos como él), hubiera tenido dificultades para crear su imagen del río como metáfora de la vida y de su desembocadura en la mar como la muerte. El Tuerto (y tantos otros ríos como él) va a dar en la mar; es ya mar.



El pico del puente en agosto de 1970

Parece que a nuestros políticos este turbio asunto de los ríos es algo que no les preocupa. No sabemos qué les preocupa; en realidad no sabemos en qué se ocupan. Morano, paradigma de político leonés donde los haya, ha intervenido en el parlamento en tres ocasiones: dos para recoger el acta de diputado y una para presentar una reclamación sobre su acta de diputado. Seguro que sus votantes se sentirán orgullosos de tan genuino representante. Sin duda es un hombre muy ocupado como para preocuparse de León. ¿Alguien sabe realmente qué están haciendo nuestros representantes en las instituciones políticas?

Últimamente hay muchas cosas en León "que van a dar en la mar". ¿Qué queda de nuestra cultura popular? ¿Dónde está aquella rica tradición que permitió a Julio Caro Baroja situar al leonés entre los pueblos de España con unas señas de identidad más claras? ¿Qué queda, en fin, de nuestra historia en la España actual? A medida que se nos va borrando la historia hacia el pasado desaparecen también nuestras esperanzas de futuro. No importa que J. Llamazares, L. Mateo Díez hablen de la necesidad de la memoria; o que J. P. Aparicio haya escrito el excelente ensayo histórico "Reivindicación leonesa de León"; o que A. Carretero haya dedicado tanto esfuerzo a nuestra historia en "El Antiguo Reino de León". Nadie lee, nadie escucha. Perdemos la historia y perdemos el futuro. Perdemos hasta el nombre. Como bien dice Aparicio, es asombroso el esfuerzo que hacen algunos -sobre todo periodistas y políticos- para evitar pronunciar León o leonés. Sin embargo, nadie se extraña de que en los últimos años se esté reescribiendo la historia según los intereses de unos y otros. Nadie se asombra ya de que se pretenda hacer llegar la histórica Vía de la Plata desde Gijón hasta Sevilla; de que la provincia castellana de Santander se llame Cantabria y se haya convertido en región histórica; de que el valenciano se haya convertido en lengua; de tantas y tantas inexactitudes, verdades a medias o mentiras rotundas.

Mientras tanto, no sólo nuestros ríos se han convertido en un recuerdo; nuestra identidad, historia y cultura en un rescoldo que se apaga; nuestro futuro en desesperanzado viaje a ninguna parte, en sombras "que van a dar en al mar, que es el morir".

¿A nadie le importa?.